

Lucio Ernesto
Maldonado Ojeda*

H I S T O R I A

El zapatista¹

A la Dra. Cristina Gómez Álvarez
Al Dr. Miguel Soto Estrada



Érrese la Ciudad de México en el año de 1944, entonces una ciudad de uno y medio millón de habitantes poco más o menos. Apetecible aún, optimista y satisfecha de sí, la ciudad había adquirido un marcado aire cosmopolita debido a las oleadas de refugiados, principalmente europeos, que huían de la devastación del mundo en guerra; a pesar de que al común de sus habitantes les pareciera una urbe populosa, absorbente, agobiada bajo el trajín incansable de sus calles y sitios públicos. Contenida aún dentro del territorio originalmente asignado al Distrito Federal, empezaba, sin embargo, a dejar atrás velozmente su hálito de ciudad colonial —pese a los afeites de la *Belle Époque* porfirista para mudar su fisonomía tradicional, y trocirla a imagen y semejanza de alguna capital europea—, para adquirir otro tono, otra fachada, merced a la multiplicación de las industrias instaladas y a una anárquica y desbocada urbanización que empezaba a devorar los antiguos paisajes bucólicos de la periferia. Este proceso expansivo, irrevocable, era interpretado con una amplia aquiescencia entre sus promotores y beneficiarios —fundamentalmente empresarios y políticos—, bajo el signo promisorio y a nombre del *progreso*, y con la confianza característica de la época.

Eran los tiempos de la “Unidad Nacional”, proclamada desde el gobierno del presidente Manuel Ávila Camacho frente al estrépito bélico más o menos distante de la Segunda Guerra Mundial. Las cuestiones económicas marchaban bien —en términos generales— en buena medida gracias a la coyuntura abierta para el país por la propia guerra: se comenzó a fabricar aquí lo que antes se importaba, sobre todo bienes de consumo. En el exterior, particularmente en Estados Unidos, requerían más que nunca de materias primas y de mano de obra mexicanas, lo que permitió

* Estudiante del doctorado en Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

¹ Trabajo presentado en el Primer Concurso de Crónica Urbana “Salvador Novo”, organizado por la Secretaría de Cultura del Gobierno del D.F. y la SOGEM, en agosto de 2002, que recibió mención honorífica.



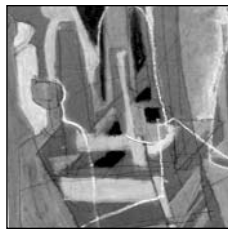
mantener por algunos años la paridad del peso respecto del dólar (equivalente a 4.85 pesos), en tanto que la deuda externa no era motivo de especial preocupación.

El país parecía haber dejado en el pasado, en forma definitiva, la violencia propia de la etapa armada de la Revolución. Se vivía una relativa paz social entre los principales actores sociales, después de las agitadas movilizaciones del periodo presidencial del general Lázaro Cárdenas. La *pax ávilacamachista* sólo era ensombrecida por circunstanciales protestas populares ocasionadas por la carestía de la vida, que se propagarían precisamente ese año de 1944. Empero, el clima anímico y espiritual entre la gente de la ciudad, en sus creencias más profundas, era exultante. Se tenían esperanzas en el futuro del país y en especial en el de esta ciudad, pese de la inflación y los parciales racionamientos en algunos comestibles y la masa. Había trabajo para la mayoría de la población citadina, aún para las numerosas familias provincianas recién establecidas en la ciudad, que atraídas por las reales posibilidades de empleo, comenzaban a afluir masivamente hacia la capital.

En sus tiempos de ocio, las huestes proletarias de la época solían reunirse en las prolíficas y concurridas cantinas y pulquerías de la ciudad, bautizadas por el ingenio popular: El haz por venir, Los sabios sin estudio, El abrevadero de los dinosaurios, Los chupamirtos, El recreo de las zorras, El farol de los naufragos, El Chin Chun Chan, Veéme bien, Tumbaburros y otros nombres del mismo tenor. Y al igual que sus congéneres de nuestros días, enfrascábanse en apasionadas y sapientes deliberaciones acerca de las hazañas y fracasos de sus ídolos en turno: *Los Once Hermanos* del Neca-xa; *Los gachupines* del Asturias; *El Equipo del Pueblo*, el Atlante de Juan Carreño, *El Chaquetas Rosas* y de *Mi General* Núñez. Si de box se trataba, no podía pasarse por alto, desde luego, el *oper* izquierdo contundente del *Kid Azteca*, que le permitió mantenerse ¡por once años consecutivos! como campeón de los pesos *welter*.

La radio y el cine hechos en México —como gustan repetir quienes siguen puntualmente aquello de “todo tiempo pasado fue mejor”— tenían por esos años del ávilacamachismo, momentos de vitalidad y creatividad nunca antes vistos. Las radiodifusoras XEW y XEB —cada una con su grupo de artistas en exclusiva—, disputábanse el *rating* y el favor de la audiencia. El género ranchero todavía era del gusto de los cosmopolitas capitalinos; aunque, naturalmente, gozaba de mayor raigambre entre las familias de origen provinciano. La malograda y grande Lucha Reyes, quien se suicidaría en 1944, tenía un lugar preeminente entre los intérpretes de ese género musical. Además de ella, el público aficionado seguía en presentaciones personales o en acetatos, cuya industria cobraba impulso, a cantantes como Los hermanos Huesca, a Los Tariácuri, Pepe Guízar, Jorge Negrete y al trío Los Calaveras, entre tantos otros.

Al lado del género vernáculo, alcanzaba momentos culminantes no superados hasta ahora, la canción romántica, de carácter y sabor más urbanos, que dejaba atrás las resonancias bélicas de la música de la generación anterior —la que hizo o padeció directamente la



Revolución—, para entregarse plenamente sólo a la violencia de las pasiones. Destacándose la inspirada y fecunda María Greever, los compositores Agustín Lara (a quien, según versiones de la época, la Secretaría de Educación Pública le tenía prohibido la difusión de algunas de sus composiciones en las escuelas, por considerarlas obscenas), Gonzalo Curiel, Lorenzo Barcelata, Mario Talavera, Alfonso Ortiz Tirado, Jorge del Moral, Alfonso Esparza Oteo, Alberto Domínguez, Chucho Monge, el tingüindense Miguel Prado, el maestro Juan S. Garrido, y los exponentes de la trova yucateca: Ricardo Palmerín, Emilio Padrón, el vate López Méndez y Guty Cárdenas (asesinado años atrás en el bar Salón Bach). Todos ellos conformaron un movimiento dentro de la música popular mexicana, a través del cual lograron recrear, con fineza y sentido poético, las formas de la relación amorosa vigentes en su tiempo, y configurar de esta manera la sensibilidad y educación sentimental del mexicano de la época.

Los trovadores de ese movimiento sustentaban un sello personal característico, pues la industria del *star system* autóctono conservaba aún perfiles artesanales (antes de entrar a las formas contemporáneas de producción en serie y productos uniformes y desechables), que les permitía —y más aún, se les exigía— a los artistas de la época desarrollar, en la decantación de su estilo, su individualidad y creatividad personales. Entre esos intérpretes se contaba, en los años cuarenta del siglo pasado, para desvelos, obsesiones, ansiedades e imposibilidades de aquellas jovencitas pre-rocanroleras, y por tanto discretamente excitables, al galán Emilio Tuero, Fernando Fernández, *La voz de seda* de Juan Arvizu, Genaro Salinas, Pedro Vargas, Antonio Badú, Nicolás Urcelay, Néstor Mesta Chaires, Vuelo Rivas y varios más. De manera paralela, y por el lado femenino, se encontraban las cantantes también de moda: la jarocho Toña la *Negra* (la intérprete cuasi oficial de la obra agustínlarista), Ana María González, la guapa Lupita Palomera, Las hermanas Landín y la enigmática Elvira Ríos.

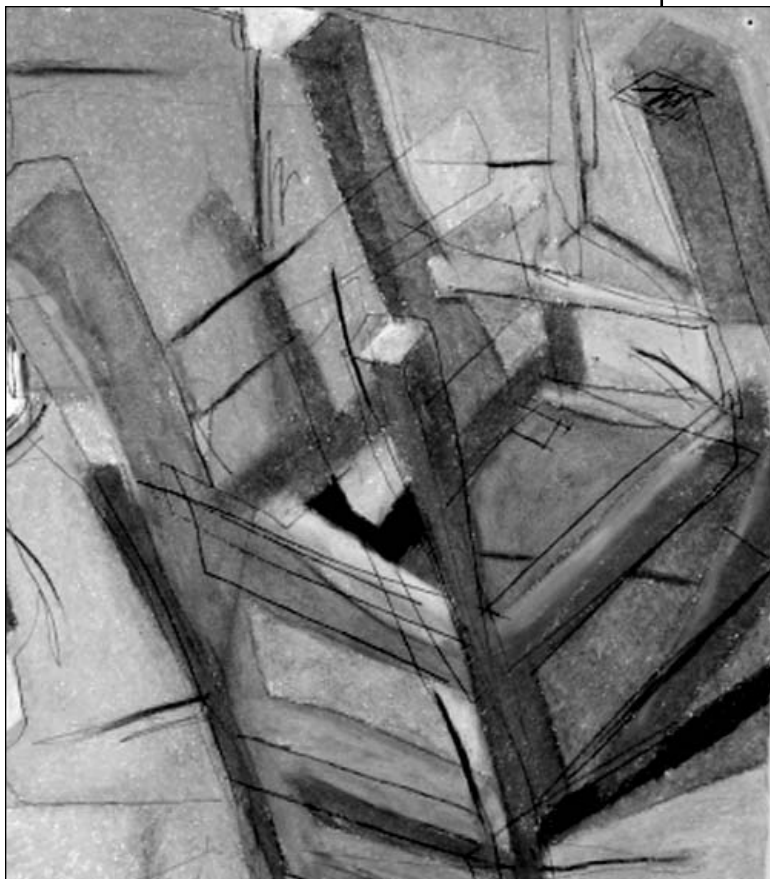
Al mismo tiempo, y para combatir la melancolía y conjurar las malas noticias provenientes del mundo en guerra, hicieron su aparición en México, ¡cual debía de ser!, las grandes orquestas a lo Glenn Miller y de música

afroantillana, que hacían concurridísimos los salones de baile donde se presentaban, como Los Ángeles, El Brasil, El Colonia, El Smyrno-Club y El Simar. Orquestas como las de Luis Alcaraz, Larry Son, Maya, las cubanas de Absalón Pérez y de Consejo Valiente, mejor conocido por Acerina, gozaban de gran popularidad.

En lo que se refiere al cine nacional, éste pasaba igualmente por buen momento, con gran aceptación aún entre las clases medias y altas, usualmente consumidoras del cine de importación. En 1944 tenían especial reputación Emilio *El Indio* Fernández, quien con sus películas *La Perla*, *Río Escondido*, *Maclovía*, pero fundamentalmente con *María Candelaria*, logró reconocimiento en el ámbito internacional. Julio Bracho con *Distinto amanecer*, demostró la compatibilidad entre la corrección cinematográfica y una temática política-social interesante: la lucha de un grupo de trabajadores de un poderoso sindicato nacional, en contra de la corrupción y los malos manejos de su dirigencia; ambientada en el contexto urbano —el barrio y el imprescindible cabaret— del México de esos días.

Germán Valdez, *Tin Tan*, comenzaba a figurar en su versión estilizada del pachuco: el traje guango y estrecho en los tobillos, la camisa floreada y su sombrerito con pluma en los costados, reclamando estatus en el barrio por “parlar en espanglés” y bailar *swing* y *cha cha chá*. Él, junto con el peladito de *Abi esta el detalle* del *Cantinflas* inicial, constituían las dos propuestas más significativas en el gusto popular que ofrecía el cine nacional, en la recreación de algunos de los tipos, que según él, poblaban nuestros barrios y colonias proletarias.

Los prototipos sociales, las imágenes deseables, provenían, sin embargo, predominantemente de la clase media, que con la expansión de la burocracia pública y privada y los servicios, posibilitaron su crecimiento y una buena base material en que sustentar sus ambiciones de ascenso social, y de aspirar a su manera y alcances, es decir, en su versión subdesarrollada, al *American way of life*, desde entonces su espejo y obsesión. Los holgados trajes de casimir de medio pelo y de tufo oficioso habían reemplazado, en la iconografía de la época, al overol ferrocarrilero y a los sombreros de palma del cardenismo. En la moda femenina, por otro



lado, se generalizó el uso de los sacos con hombreras estilo “Mc Arthur”, los zapatos con tacones altos y las medias hechas de *nylon*.

Las formas curvas prevalectan en el diseño de objetos y edificaciones, y para desasosiego del *Flaco de Oro*, Agustín Lara, seguíanse reproduciendo, de manera natural, en el cuerpo de su mujer “alabastrina”, “pervertida” y “aventurera”.

Si el cabaret era por excelencia el principal centro de reunión social y erótica de los noctámbulos capitalinos, para su imagen diurna y “decente” —la versión chilanga de *Mr. Hyde and Mr. Jekyll*—, disponían de los numerosos cafés que se establecieron en la ciudad, principalmente en el Centro Histórico. Al lado del clásico café de chinos aparecieron, en los cuarenta, los de los españoles inmigrantes: Do Brasil, La Habana, Kikos, Campoamor, Fornos, Chufas y el desaparecido de la calle de Bolívar El Tupinampa (hoy transformado en sucursal bancaria), entre otros.

En los periódicos de la época, en lo que a noticias nacionales se refiere, se reportaba la muerte del compositor Ricardo Palmerín y la fundación de varias institu-

ciones públicas y empresas, entre ellas el Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec, el Instituto Nacional de Cardiología y por la iniciativa privada Altos Hornos de México. Se publicó en el *Diario Oficial* el decreto que autorizaba el régimen del Seguro Social obligatorio, que produjo olas de protestas entre los trabajadores por el descuento de cuotas y los mediocres servicios, que llegaron hasta la toma de fábricas. En compensación, para los hombres del campo se creaba un Fondo Nacional de Garantías Nacionales.

En el México de esos días conocí y frecuentaba a un viejo librero, de origen provinciano, procedente de su natal Michoacán haría treinta años atrás. Dedicado a la venta de libros y revistas de segunda mano en el antiguo mercado de El Volador, era conocido por los demás puesteros con el apodo de *El zapatista*, debido a “sus ideas extravagantes y espíritu de agitación”,² y por su papel como protagonista y testigo de los acontecimientos vividos por los

habitantes de la capital durante la Revolución Mexicana; y de quien no se supo más después de la desaparición de ese mercado, a principios de los años cuarenta del siglo pasado, para construir en su lugar el edificio de la Suprema Corte de Justicia. Reaparecería, persistiendo en su oficio, en una pequeña librería de la calle de San Salvador casi esquina con Aldaco. Se trataba de don Francisco Ramírez Plancarte.

En la confusión casi interminable de establecimientos de todo tipo y de cantinas, se hallaba de manera casi recóndita su nuevo local. Consistía éste en una doble accesoria apenas iluminada por una luz amarillenta. En el primero de los cuartos, ocupando una gran parte del estrecho espacio se encontraba, en el centro, una mesa de patas bajas tapizada de los libros y revistas que es de suponerse serían los de mayor circulación y venta. En sus costados —conteniendo polvorientos volúmenes de pastas gruesas— estaban colocados estantes de madera. Obstruían la entrada dos grandes mamparas que

² Miguel Ángel Peral, *Diccionario biográfico mexicano*, México, PAC [1945], p. 670.

exhibían las novedades del negocio. Finalmente, al fondo, estaba situado el mostradorcito detrás del cual Ramírez Plancarte despachaba. La segunda pieza, más amplia, era utilizada como bodega. Trasmirando humedad y más sombría que la anterior, estaba dispuesta en forma laberíntica, atestada de libros en ordenada anarquía, y para cuya localización el propietario utilizaba croquis especiales, que tenían por mojoneras los platitos de colores llenos de veneno para las ratas, que seguramente tan luego como don Francisco abandonaba el local por las noches, hacían de las suyas, en festín y orgías interminables, en aquella selva de papel apergaminado.

La modestia del negocio y del traje desmentía el hecho de que Ramírez Plancarte era autor de por lo menos dos libros publicados y colaborador ocasional de los periódicos de la capital.³ Había nacido el 29 de enero de 1886, en la criolla, pro conservadora y beata ciudad de Morelia, Michoacán.⁴ De piel apiñonada y mediana estatura, la vehemencia de su carácter contradecía la sobriedad inicial de su persona, pues tan pronto como tomaba la palabra, gustaba explayarse en sus opiniones —llevado de su ser extrovertido y apasionado—, principalmente cuando se trataba de hablar de la Revolución, y en general de materias políticas, transformando la plática en un intenso monólogo que no dejaba decir ni “mú” a su interlocutor en turno. Por su carácter fuerte y expansivo —en contrataste con el usual trato afable e indulgente de sus coterráneos— y el color de la piel, pensaba siempre al verle que se trataba de “un moreliano atípico”.

Según algunos de sus biógrafos, cuando joven, don Francisco participó en la fundación de la Casa del Obrero Mundial, y durante la Revolución constitucio-



nalista militó en las “falanges obreras”, que esa organización dispuso en apoyo de la facción y gobierno carrancista.⁵ Una tarde del otoño de 1944, que resultaría a la postre la vez última que hablaría con don Francisco, pues sin sospechar lo que el destino dispone, ocurrió su deceso, fue la oportunidad de aclarar de viva voz ésta y otras cuestiones importantes de su vida. Invitándome a sentar en una silla tan desvencijada como el resto del escaso mobiliario, comenzamos a charlar. Le pregunté inicialmente sobre la marcha del negocio.

—Mal, como siempre. Ya sabe que con la excepción de unos cuantos vivir de la cultura en este país es condenarse a la perpetua penuria. Casi ni me dedico a vender libros, más bien me la paso departiendo con la clientela y amigos que, como usted, me visitan de tanto en tanto. Mejor me hubiera dedicado a cantinero, psicólogo, peluquero, ¡qué sé yo! Ganan más, tienen más clientela y no descuidan la brega al mismo tiempo que hablan con la gente. Pero qué le vamos a hacer, éste es el oficio que el destino dispuso para mí. Bueno, ya tenía una

³ Uno de los libros es *La Ciudad de México durante la Revolución Constitucionalista*, 2ª ed., México, Botas, 1941, p. 598. Las citas contenidas en este trabajo fueron tomadas de dicha publicación.

⁴ Miguel Ángel Peral, *loc. cit.* y Francisco Naranjo, *Diccionario biográfico revolucionario*, Edición facsimilar de la de 1935, México, INEHRM, 1985, p. 175.

⁵ *Loc. cit.*



temporada más o menos larga de no verlo, como a tantos otros desde que me cambié para acá. ¡Cómo se pasa el tiempo de veras, cuatro o cinco años de eso! Pero dígame, ¿qué le interesa saber en esta ocasión acerca de la capital en aquellos días de la Revolución, si está en mí contarle algo, verdad?

—Hum... primero quisiera que me contara algo de su persona y familia, pues se dicen muchas cosas de usted, que quizás convendría aclarar.

—Pues, de mí no tengo gran cosa que decir —me dijo sin mucha convicción— pero si usted quiere... Ya sabe que soy michoacano, de Morelia. Muy joven me trasladé con mi mujer para acá, la capital. Mi primer vástago nació allá por 1915 en plena Revolución constitucionalista. Desde mi llegada a México siempre me he dedicado a lo mismo, a la venta de libros viejos. Primero en locales de Donceles, la avenida Hidalgo... después ya me instalé permanentemente en El Volador, hasta que lo quitaron. Durante la Revolución, por mis ideas políticas participé activamente en la fundación de la Casa del Obrero Mundial, y siempre —hasta la suspensión de sus actividades en 1916, debido a la fuerte

represión del gobierno de Carranza en contra de los trabajadores, no importando el valioso apoyo que nuestra organización le ofreció en momentos cruciales para su causa—, defendí y propalé a mi modo las ideas libertarias de la Casa, ya en alguna comisión o como simple militante, entre mis amigos, conocidos o aquí mismo en mi trabajo. Como ve usted algo modesto, pero sin claudicaciones ni oportunismos.

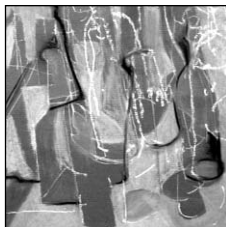
—Pero dígame don Francisco, ¿participó usted en aquellas columnas obreras que como dice apoyaron a Carranza en contra de las fuerzas de la Convención?

La conversación la había sentido fluida, animada, hasta aquí, pero ante esta pregunta don Francisco guardó un momento de silencio, pensativo, como reticente a responderme.

—Pues... sí, efectivamente, me inscribí en las brigadas que mi organización acordó en apoyo del constitucionalismo, pero más bien por acatar la voluntad mayoritaria de mis compañeros que por convicción propia. Fue un asunto muy

discutido en nuestra organización. Inclusive hubo compañeros que se pasaron al bando contrario del carrancismo, como Soto y Gama, quien jugaría un papel destacado en los trabajos de la Convención reunida en la ciudad de Aguascalientes, como portavoz del zapatismo. Otros, igualmente minoritarios, se negarían rotundamente a cualquier componenda con ninguno de los grupos revolucionarios. En lo que se refiere a mí, pues... no me tocó ir a Celaya a combatir las tropas villistas, ni tampoco a Veracruz, donde se hallaba establecido el gobierno encabezado por Carranza. Me quede aquí, en la guarnición de la ciudad. Eso fue bueno para mi familia, pues como le dije, había nacido nuestro primogénito en 1915. Aunque muy poco pudimos darle ante el hambre generalizada y los padecimientos sin cuento que se abatieron sobre la población de la ciudad ese terrible año. Pero al menos no dejé totalmente desamparados y en el arroyo a los míos.

—Según me han dicho a usted le dicen *El zapatista*. ¿Cómo hizo compatible el apodo con su pertenencia a una organización que no se caracterizó mucho que



digamos, con la excepción de contados líderes como usted acaba de mencionar, por sus buenas migas con las fuerzas revolucionarias campesinas, a quienes incluso combatió en determinado momento?

—La verdad es que eso del *zapatista* me lo puso la gente mucho después, gente conservadora, por no decir reaccionaria, que en todos lados anda viendo moros con trinchetes. Lo cierto es que en aquellos días de la Revolución constitucionalista, las ideas que tenía del zapatismo no eran muy favorables que digamos, y esto se lo digo con toda franqueza, conforme a lo que verdaderamente pensaba entonces, y no como se hace ahora, sobre todo en los corrillos académicos u oficiales, que cubren con incienso la imagen del general Emiliano Zapata y a su movimiento, por aquello de que “el mejor indio es el indio muerto”, o “a toro pasado...”.

—Pero don Francisco, vamos, cuénteme su parecer al respecto.

—Pues ya que me obliga usted, se lo digo sin tapujos: “...mal trajeados y peor compenetrados de los anhelos manumisores, representaban a la Revolución fétida del huarache, agobiada por la miseria y embrutecidos por la ignorancia, el alcohol y las supersticiones, ya que el término medio o sea el mestizaje exquisitamente culto, iconoclasta y con fuerte espiritualidad renovadora que había, era muy insignificante quedando neutralizada su acción revolucionaria, política, legislativa y militar, por la inercia de aquella mesnada atiborrada de prejuicios que aún no había logrado incorporarse ni siquiera a la retaguardia de la civilización”.

—¡Caramba don Francisco, sí que usted pensaba negativamente de los zapatistas!

—No sólo yo, “toda la población de la Ciudad de México en las ocupaciones de las fuerzas zapatistas de ella, fue testigo de los numerosos grupos de zapatistas formando corro, se sentaban o semiacostaban en la banqueta de las avenidas entregados a jugar albures y a embriagarse. Muchos de ellos con sus barraganas, también borrachas, abrazados y a quienes con gran escándalo de los transeúntes obscenamente manoseaban y acariciaban. Más no todo era eso, ¡qué va! Cuando les venía la necesidad de orinar o exonerar, lo hacían desvergonzadamente, públicamente. Para esto último escogieron el atrio y el costado poniente de la Catedral.

¡Ah cómo estaban aquellos sitios! ¡Horror! Solo el recordar siento náuseas. La moral y las costumbres se rebajaban y la civilización se avergonzaba”.

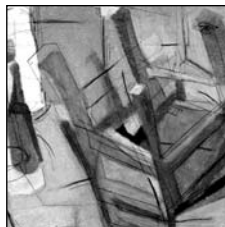
—¡Vaya don Francisco!, parece que usted si les tenía inquina a las pobres huestes zapatistas, da la impresión que quisiera desvirtuar a toda costa esas bellas imágenes de las columnas armadas de nuestros campesinos seguidos de sus fieles y solidarias soldaderas, y que a las generaciones que ya no nos toco vivir esos acontecimientos, nos proporciona el cine de estos años, ¿nos quiere echar a perder el cuadro, verdad?

—¿Pus no que quería saber lo que realmente pienso de esos asuntos? ¡Y lo que me tocó ver a propósito de las soldaderas, especialmente de las zapatistas!: “la corrupción de costumbres que observaban cuando ocuparon el patio del Palacio Nacional y del Ayuntamiento, incluso el portal del mismo, en forma peor que como lo hicieron las soldaderas carrancistas, pues los emplearon para defecar, sirviendo de mingitorios las columnas del Portal del Ayuntamiento, así como las pilastras de ambos palacios. No dudando que éstas soldaderas excedieron toda ponderación de inmoralidad y porquería, porque además que traían sus ropas tan desgarradas de puro pringosas, dejando entrever algunas de ellas sus partes pudendas, el feo y repugnante aspecto que presentaban corría parejo con sus costumbres licencias o inmorales, convirtiendo aquellos sitios en hervidero de piojos, chinches y otras sabandijas, dedos les faltaban para quitarse los indecentes parásitos. Cuando llegaba la noche en el Zócalo, en los que fueron sus jardines, se llenaban de innumerables parejas de zapatistas y sus soldaderas, las que sin ninguna preocupación se entregaban a actos libinidosos con tan impúdico cinismo... como si estuvieran en los prostíbulos de su bucólica ciudad de Cuautla”.

—¡Ah que zapatista me salió usted don Francisco!, tan escatológico y mocho como sus paisanos (pensaba entre mí que en esto sí le salió lo típicamente moreliano).

—¿Qué quiere usted que le diga entonces?, me dijo endureciendo el tono y la mirada.

—Tranquílcese don Francisco, sólo lo digo porque no deja de sorprenderme la originalidad de sus observaciones (le dije tratando de distender su actitud, que de pronto parecía tornarse áspera, y con ello a echar a



perder la conversación, absteniéndome entonces de expresar toda opinión). Pasando a otra cosa, según tengo entendido, ya ha publicado dos libros: *La Ciudad de México durante la Revolución Constitucionalista* y *La Revolución y el actual Ejército*. Tratándose del primero, que es el que me interesa, ¿qué le motivó a escribirlo?

—(Don Francisco con estas últimas palabras pareció recobrar un poco su inicial buena disposición para continuar la plática): “...[pues] de que se conozcan desde un punto de vista ‘independiente’, es decir, exento de prejuicios y animosidades [aunque usted no lo crea, por lo que veo], tanto los acontecimientos históricos que durante la Revolución constitucionalista conmovieron intensamente a la capital, como a los principales actores que en ellos participaron..., para evitar que la opinión popular de aquel tiempo infausto quede ignorada o deje de figurar en las páginas de nuestra historia, ocupando en ella el lugar que justamente le corresponde”.

—¿Piensa usted que en lo publicado hasta ahora no se han cubierto esos dos objetivos que menciona?, insistí.

—“...[Así es] no han sido relatados los que se refieren a los sucesos en la opulenta, aristocrática, bulliciosa y grandemente heroica y mártir Ciudad de México durante los turbulentos y sombríos días en que las facciones constitucionalista y convencionista, en pugna por el poder, se la disputaban como magnífico botín de guerra y aprovechamiento..., que interprete la impresión que causaron en el ánimo de la clase social más humilde y sea la exacta expresión, el real y positivo reflejo de ellos, de este buen y noble pueblo”.

—Antes de que pase a narrar algunos de esos hechos, quisiera preguntarle algo de la etapa previa, que desencadenó precisamente la Revolución llamada constitucionalista, esto es, El Cuartelazo y posterior gobierno del general Victoriano Huerta. ¿Es cierto, como he oído decir, que éste contó con una buena base social de respaldo, a despecho de la versión oficial sobre aquellos acontecimientos?

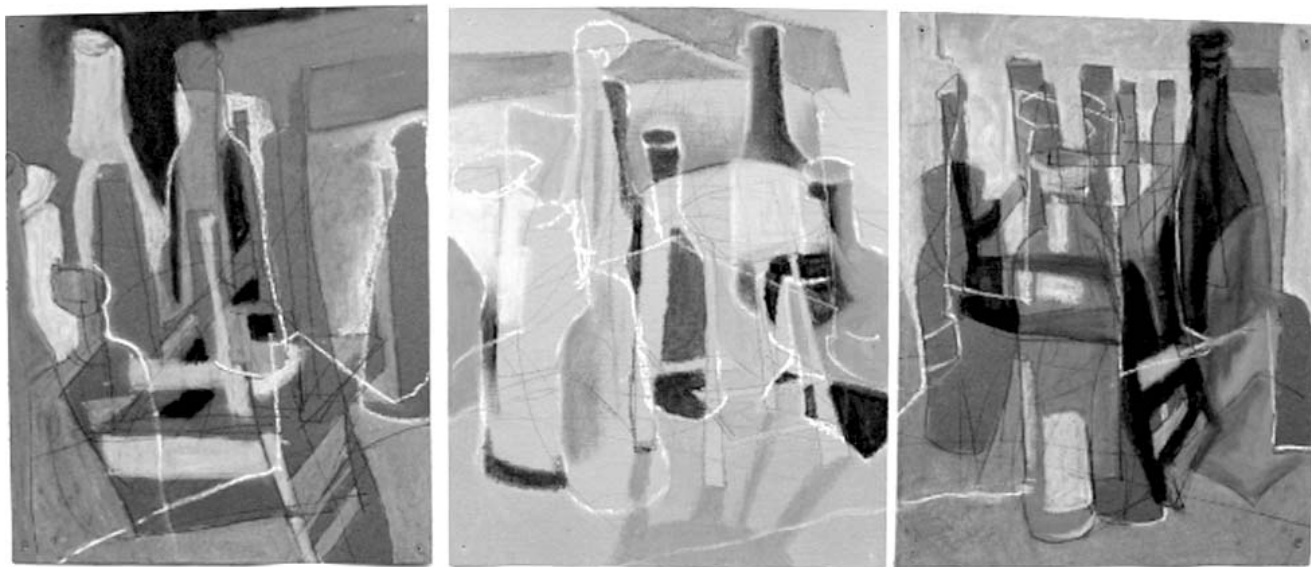
—“[Sí con] la complicidad cínica del clero, de la burguesía y de la burocracia, y el servilismo de la prensa, con Salvador Díaz Mirón y Alfonso del Toro a la cabeza. [En cambio, para el pueblo significó] la muerte,

la prisión y la consignación a las filas. La cólera popular exasperada por la leva y la actitud agresiva de los huertistas, pero sobre todo los fusilamientos de simpatizadores de la Revolución se desbordó incontenible”.

(Ante el avance imparable de los ejércitos revolucionarios, Huerta dejaría el poder, al salir del país el 15 de julio de 1914 para refugiarse en Estados Unidos. Al mes siguiente, el 15 de agosto, el Ejército Federal desocuparía la plaza de la capital).

—Supongo que con la victoria del constitucionalismo y su entrada triunfal en la Ciudad de México, al día siguiente de la salida de las tropas federales, se modificó sustancialmente esta situación anómala para la población de la ciudad, ¿o no?

—¡Ah cómo es usted de ingenuo!... pues era de suponerse que cambiaran las cosas, pero “si en los primeros días del arribo de las tropas revolucionarias los jefes, los oficiales y tropa comportáronse con cierta mesura y corrección con los civiles, poco tiempo después, empezarían a menudear en las calles, cantinas y demás centros de vicio, escándalos y zafarranchos en que saliendo a relucir pistolas y marrazos, sacaban las más de las veces la peor parte los civiles muy especialmente aquellos que en nada se metían. Por tal motivo, exacerbaron la vieja pugna de supremacía entre militares y policías, llegando a ser la pesadilla diaria, pues entonces por cualquier insignificancia se armaba la de ‘Dios es Cristo’ entre unos y otros. Y si a lo expuesto, se agrega que las garantías individuales ya muy quebrantadas o mejor dicho nulificadas por el anterior gobierno, estaban completamente abolidas con la supresión de los tribunales y juzgados, y sobre todo por encontrarse sometida la ciudad a un régimen estrictamente militar puesto que la ley marcial seguía aplicándose con todo rigor, emanándose del cuartel general todas las disposiciones, aun aquellas que por su carácter administrativo pertenecía su observancia a las autoridades del orden civil, se comprenderá entonces la triste situación a que había llegado la población. Tal cosa trajo como consecuencia una fuerte depresión en el ámbito público, tanto más si se añade que en las pocas oficinas gubernamentales que entonces funcionaban, tenían preferencia los militares y sus familiares, quienes a cada momento proferían las peores injurias contra los civiles a los que



calificaban despectivamente de *maletas* y cobardes, por no haber tenido los tamaños suficientes para haber empuñado una arma y haberse lanzado a la *bola*".

—Bueno, y esta actitud de la tropa con los civiles, ¿era avalada por los altos jefes revolucionarios?

—¡Claro!, seguían lo expresado por el propio Carranza en su crítica a los habitantes de la ciudad cuando dijo: "no tienen excusa los hombres que pudieron cargar un fusil y que se abstuvieron de hacerlo por temor de abandonar sus hogares. Yo abandoné a mis hijos huérfanos y como sé admirar el valor, cedo mi pistola a la señorita Arias que es la única digna de llevarla".

—¡Vaya si estuvieron duras las palabras del Primer Jefe para los habitantes de la ciudad!, ¿justas?... Pero don Francisco cuénteme, ¿ya en ese momento de la primera ocupación de la ciudad por las fuerzas revolucionarias empieza a manifestarse la hambruna a la que aludió usted al inicio de esta plática, y que junto con la opresión político-militar de la vida civil, constituyeron los mayores padecimientos de la población?

—No, todavía ese fenómeno tan terrible no hacía su aparición, pero sí algunas de sus condicionantes, ya que "el malestar popular intensificado, precisamente por la escasez y la carestía, al ver que no se procuraba resolverlo, empezó a manifestar un sentimiento de escepticismo: más aún cuando ya también la moneda metálica la ocultaban rápidamente y los billetes y cartones, estaban siendo despreciados, no obstante que pocos días antes con el alborozo y la novedad, todos

disputábanse su posesión y asimismo muy a pesar del carácter de circulación forzosa que tenían".

—Ante esta situación, en que rápidamente iba socavándose el nivel de vida la población, ¿no hubo reacciones en la gente, digamos, entre los grupos de trabajadores organizados?

—Sí, como no, estallaron varias huelgas entre los obreros, la más señalada fue la llevada a cabo por los tranviarios el 8 de octubre de 1914, "secundada por los cocheros de carruajes de alquiler, paralizando todo el tráfico y ejecutando los huelguistas actos de sabotaje en los carros y coches abandonados, atacando a los esquiroleros y teniendo en los encuentros con la policía, algunas víctimas, resultando asimismo que el comercio cerrara sus puertas y la población se alarmara".

—¿Y cuál fue la respuesta del gobierno revolucionario?

—El gobierno carrancista fue muy hábil. Aplicó la requisa de la empresa de tranvías. Una vez que estuvo frente a los trabajadores en huelga como su patrón temporal, se mostró flexible en la respuesta a sus demandas. Esta flexibilidad se entiende por la situación particular en que se encontraba el gobierno constitucionalista en ese momento, a punto de romperse las hostilidades entre las fuerzas revolucionarias, a raíz del fracaso de la Convención que se llevaba a cabo por esos días en la ciudad de Aguascalientes. El gobierno de Carranza no iba a abrir otro campo de batalla más. En este caso con la clase trabajadora urbana, del que ya tenía inminente con los ejércitos campesinos, verdá.



—Bien don Francisco, no pretendo cansarlo con una relación puntual de los principales hechos ocurridos entonces. Mejor sería que me hiciese el favor de relatarme sus impresiones más vivas de lo que significaron éstos en los habitantes de la ciudad, por ejemplo...

—¿La hambruna del año 1915?

—Sí, si usted quiere. Pero antes de que me diga algo al respecto, ¿a qué cree que se debió su aparición?

—Pues Roque González Garza, quien sucedería a Eulalio Gutiérrez en la presidencia de la Convención, la atribuyó “a la carestía de los víveres [debida] a la inflación del peso o papel moneda, deficiencias en la distribución y transporte, y las confiscaciones [que] los jefes revolucionarios hacían a los introductores de tales artículos”. A lo que habría que añadir —y esto se le olvidó mencionar al general González Garza, tal vez por su actitud blanda frente a ellos— “la especulación y ambición de enriquecimiento a costa del sufrimiento del pueblo por parte de comerciantes y almacenistas de las cosas de primera necesidad. No en balde serán el blanco del resentimiento y la ira popular, del todo justificables, por tales procederés”.

—¿Cuáles son sus recuerdos de aquellos aciagos días? Así como vengan a su memoria...

—Pues... “Allá en los suburbios, donde vive, o mejor dicho vegeta, la gente pobre, donde en los tiempos tan cacareados ‘normales’, y con más razón en los que no lo son, se carece de todo servicio de higiene, de alumbrado, de agua, de policía y de toda consideración social; barrios en lo que no se puede decir que son a semejanza de bacterias o colonias de bacilos, en que por verdadero milagro se respira y vive, sino que en efecto lo son, la gente formando grandes ‘colas’, aguardaba resignadamente, con el cuerpo desfallecido, la mirada triste y opaca y el hambre retrasada en sus terrosos semblantes, a las puertas de los molinos de nixtamal... para hacer unas ‘gordas’ que embarradas con chile, serían el único alimento por todo el día.

“El hambre del pueblo, se extremó de una manera tan intensa, que en las barriadas, no pocos eran las personas que caían desfallecidas, viéndose cómo multitud de individuos indigentes levantaban del suelo las cáscaras de fruta, que, no obstante estar impregnadas de

tierra, se llevaban ansiosa y vorazmente a la boca; otros, provistos de un palo, escarbaban afanosamente los grandes montones de basura que rodeaban los mercados, con la esperanza de encontrar algunas de aves, frutas, legumbres, vísceras, aunque fuera en estado de putrefacción, con tal de aplacar el hambre devoradora que sentían.

“Los gatos fueron el ‘chivo expiatorio’, ya que condimentados en barbacoa, todo mundo se los comía, no quedando uno en la ciudad. En algunos corrales de apartadas barriadas, sacrificábanse perros, burros, mulas y escaúlidos machos y jamelgos cuya carne era rápidamente vendida, sin que nadie pretendiera averiguar a qué animal pertenecía, o si éste había estado sano. Tal era el hambre que devoraba a la población. De los hospitales lanzaron al arroyo a los enfermos; de la Castañeda los dementes y de los asilos y orfanatorios a los infelices que en ellos había, por carecerse de elementos con que mantenerlos. Los asaltos lleváronse a cabo a la luz de día, multiplicándose por todas partes. Muchas jóvenes púberes, casi niñas; mujeres agraciadas; semijamonas otoñaes; jamonas invernales y hasta viejas infernales, cínicamente sin ningunos circunloquios ni escrúpulos, ofrecían sus favores con tal de satisfacer el hambre.

“La desesperación por adquirir víveres extremase hasta el grado de que en pleno día y en las calles más céntricas se asaltara a las personas que llevaban ayates, costales, canastas, en que se suponía transportaban cereales. Las colas en las puertas de las panaderías y molinos de nixtamal tomaron un carácter tumultuoso, registrándose, por disputarse el lugar, riñas sangrientas entre los que las forzaban.

“El número de muertes ocasionadas por el hambre y de los que se suicidaban por no poder resistir tan terrible situación elevóse casi igual, al de los que a resultas de agudas crisis histéricas y nerviosas o de padecimientos del aparato digestivo, sucumbían o enloquecían. Contraídos los primeros: a causa del intenso desasosiego en que estaban viviendo, y agravadas por las fatales nuevas de próximos combates que se suponía íbanse a desarrollar en el interior de la ciudad; y las segundas, como consecuencia de las mil adulteraciones aplicadas al pan, la leche y sobre todo la carne descompuesta y de animales impropios para la alimentación.

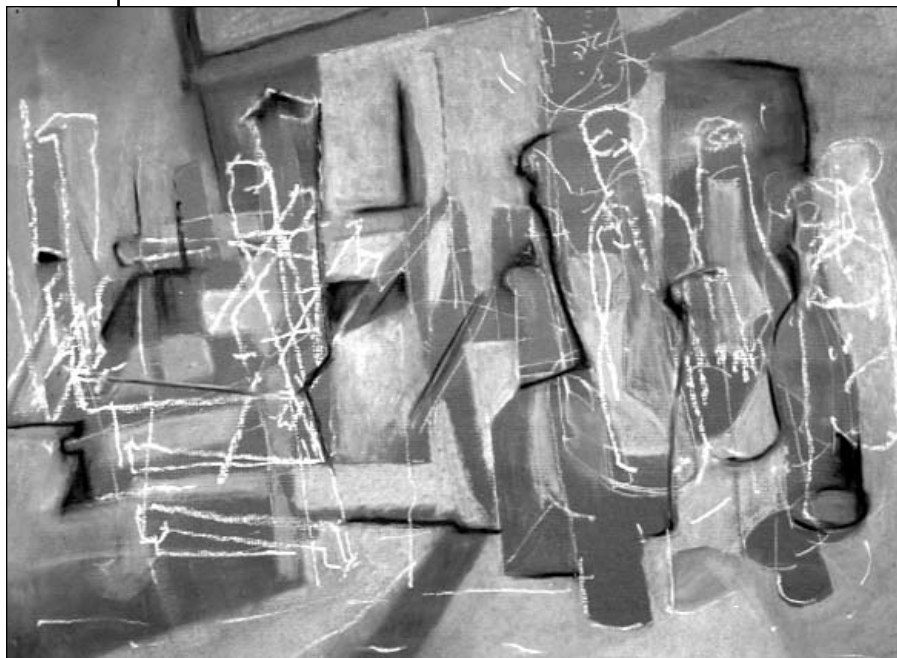
“Las beneméritas Cruces eran insuficientes para atender, no obstante tanta persona desmayada que había en las calles, sino, lo que era más grave (por el peligro que se desarrollara una epidemia) para recoger de las barriadas los innumerables cadáveres de las víctimas del hambre, que desde hacía tres días yacían abandonados, mucho de ellos en descomposición e infestando aún más el ya viciado ambiente con sus corruptos hedores.”

Finalmente, viene a mi recuerdo la “irrupción del pueblo en la asamblea de la Convención diciendo ‘tenemos hambre, queremos maíz, maíz’”. A lo que respondió el gobierno de la coalición villista-zapatista con algunas disposiciones que no llevaron a cabo por la misma situación inestable en el control político-militar del país, y en particular, el de esta ciudad.

Cabe decir que a ese gobierno de la Convención le cupo el triste papel de represor del pueblo hambriento de la Ciudad de México: el día 21 de mayo de 1915, “se desató una feroz [acometida] de la guardia zapatista en el Palacio de Minería [contra unas diez mil personas congregadas aproximadamente en el lugar], en donde se suponía iba a empezar la venta al pueblo de maíz con saldo de quinientos lesionados entre muertos y heridos”.

—Sí deplorable desde todos los puntos de vista fue la respuesta de un gobierno que decía representar y actuar en nombre del pueblo. Pero, aparte de esta acción censurable de los gobiernos revolucionarios, ¿qué otras medidas se intentaron implementar para atenuar el hambre de la población?

—Las respuestas fueron varias. Todas destinadas al fracaso, por la causa que ya le mencioné: desde las enérgicas disposiciones del general Obregón contra los comerciantes y acaparadores, exigiéndoles el 10 por ciento de sus existencias, para establecer expendios de artículos de primera necesidad en los barrios populares a precios bajos, y mandando la formación de una “Junta Revolucionaria de Auxilios al Pueblo” para hacer efectiva la medida, hasta las apelaciones al altruismo de los comerciantes, por parte del presidente de la Convención, el general González Garza.



—¿Qué medidas aprobó su organización, la Casa del Obrero Mundial, para mitigar la hambruna de la población?

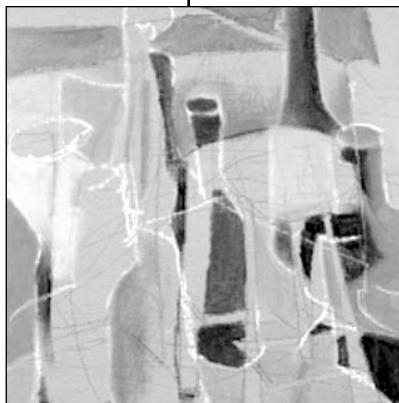
—Algunos edificios “que estaban en poder de los miembros de la Casa del Obrero Mundial, [como] el Colegio Josefino que tantas riquezas encerraba, y el templo de Santa Brígida, pero sobre todo el primero, algunos de los líderes de esta agrupación al ver la tremenda angustia en que se debatían las clases menesterosas, así como contemplar en el interior del citado colegio la enorme variedad de objetos y telas, invitaron y excitaron al populacho a saquear tales edificios lo que fue entusiastamente aceptado por éste, no dejando nada en pie, convirtiendo en leña todos aquellos muebles construidos con maderas finas que por en volumen era imposible cargar con ellos”.

—Aquí usted ha tocado un punto interesante, en que le confieso mi total ignorancia: el de los saqueos y motines populares en la ciudad. Don Francisco, ¿qué eran las llamadas “bolas”?

—Las “bolas” eran grupos de gente hambrienta en actitud amenazante de saqueos de comercio.

—Supongo que no quedó ahí la cosa, en amenaza solamente, sin que al parecer efectivamente se llevaran a cabo, ¿no es cierto?

—Pues “la miseria y el hambre habían llegado a tal grado en la capital que una mañana exasperado el vecindario porque las casas expendedoras de artículos de



consumo, a pesar de que se sabía positivamente que estaban especulando con ellos vendiéndolos ocultamente a personas de su íntima confianza a precios bastante elevados, decían no quedarles ya ninguna existencia, y también porque hasta los puesteros de los mercados estaban siguiendo semejante proceder que orillaba a la población a perecer de hambre, excitadísimo como llevo dicho por tan inaudito desenfreno de criminal ambición y egoísmo, empezaron a aglomerarse en los alrededores de la plaza de la Lagunilla, grandes grupos de personas comentando airada y acaloradamente la situación, apostrofando tan enérgicamente tanto a las autoridades como a los comerciantes, que la gente enardecida no pudiendo ya contenerse, en un momento, como impulsada por una fuerza incontrastable se precipitó en masa arrolladora al interior de dicho mercado así como a muchas tiendas de los alrededores que permanecían abiertas, las que saquearon a su sabor. Esta noticia propagada velozmente por la ciudad, fue el toque de atención, mejor dicho, de bota fuego para todos aquellas personas que enloquecida y desesperadamente andaban por las calles buscando comestibles, se apresuraron a ir a paso de carga a los mercados de San Cosme, la Merced, San Juan y Martínez de la Torre y los saquearon, lo mismo que todos los comercios y tiendas de los alrededores, siendo infructuosos los esfuerzos de los zapatistas para contenerlos”.

En otra ocasión, hacia el 25 de junio de 1915, “debido a la confusión e inseguridad pues, el poco comercio que aún permanecía con las puertas abiertas determinó cerrarlas, ocasionado con tal resolución el que los comestibles escasearan hasta el extremo de que mucha gente exasperada por el hambre, rompiera puertas de algunas tiendas y las saqueara, no obstante la granizada de balas que sobre ella enviaban desde las azoteas los propietarios españoles, secundados por sus dependientes de igual pelo y alzada”.

Se llegó a un punto en que se “agudizó sobremanera el hambre del pueblo de la capital y su exasperación de tal manera que se reprodujeron los actos de saqueo, ya con características de motín, ante la ausencia de

toda fuerza policial. Empezáronse a formar grandes grupos de gente que armada con piedras, garrotes y varillas de hierro, se dirigieron resueltamente, lanzando toda clase de improperios y denuestos contra el comercio y las autoridades, a los mercados y tiendas que encontró abiertas, los que tumultuosamente, golpeando a sus propietarios, saqueó, convirtiendo los almacenes en leña, la que se disputaron y repartieron”.

Y así, esa tarde del otoño de 1944, *El zapatista* continuó, encandilado, contándome los sucesos de la Ciudad de México en tiempos de la Revolución constitucionalista: la situación de la clase media y de las mujeres, de la inseguridad absoluta que por momentos padecieron sus habitantes, y muchas cosas más. Después de agradecerle la charla y el reencuentro, salí a la calle ya echada la oscuridad sobre la ciudad. Las aceras otrora bulliciosas en ese momento se encontraban desiertas, bajadas las cortinas de los comercios. Un ligero viente-cito frío golpeaba el cuerpo. Caminaba recordando algunas de las frases que me acababa de decir don Francisco, especialmente la última: “ante esta situación general de privaciones, de inseguridad personal y de padecimientos, la población del Distrito Federal, ya ni se acordaba por qué había sido ‘La bola’”. Me preguntaba cuántas generaciones de mexicanos, cuántos de connacionales no se habrían preguntado lo mismo desde entonces.

BIBLIOGRAFÍA

- Excelsior*, edición especial de su LXX aniversario, “1938-1947, edición coleccionable”, mayo de 1987.
- Garrido, Juan S., “Historia Musical de México”, programa radiofónico que se transmitía en la estación XEB, Radio México, 1220 kilohertz A. M. De las 17:30 a 18:00 horas con repetición de las 23:30 a 24:00 horas.
- Monsiváis, Carlos, “Agustín Lara. El harem ilusorio (notas a partir de la memorización de la letra de *Farolito*)”, en *Amor perdido*, 5ª ed., México, Era, 1978, pp. 61-86.
- Naranjo, Francisco, *Diccionario biográfico revolucionario*, ed. facs. de la de 1935, México, INEHRM, 1985.
- Peral, Miguel Ángel, *Diccionario biográfico mexicano*, México, PAC [1945].
- Ramírez Plancarte, Francisco, *La Ciudad de México durante la Revolución Constitucionalista*, 2ª ed., México, Botas, 1941, p. 598.